ORACIÓN FÚNEBRE

PREDICADA

EN LA IGLESIA DE LA PROFESA DE MÉXICO,

POR EL

DR. D. ATENÓGENES SILVA,

ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE MICHOACÁN,

EL DÍA 25 DE AGOSTO DE 1903.

Ut sint unum, sicut et nos.
Que sean una misma cosa como nosotros.

Ev. Jan. Cap. 17. v. 22.

Viae Sion lugent. . . .
Los caminos de Sion están de luto.

Jerem. Thren. I. 4.

I

¡Quitad ese túmulo. . . . arrancad los cortinajes de luto. . . . y levantad trono de magnífica gloria y ostentad las vestiduras de suprema alegría. . . ! Pero. . . ¡no! no se haga así; no; porque aunque el espíritu radioso del héroe debe estar en el palacio luminoso de la inmortalidad feliz. . . . muchos corazones de pobres huérfanos están despedazados y necesitan los crespones de luto. . . !

¡Parecía imposible que una vida tan soberana y trascendental se extinguiera algún día! ¡Nos habíamos acostumbrado tanto á la acción beatífica con que el Anciano tembloroso gobernaba el mundo! ¡Era tan grandiosa la figura del héroe y tan inefable la bondad del padre! ¡Sobresalía á tal grado magnífico el Pastor amantísimo! ¡Esplendía tan radiosa la personalidad del Sabio insigne. . . ! que no se creía tuviera la muerte, no obstante su soberanía, poder sobre tanta grandeza! Pero, señores, el cuadro solemne en que aparece

principal ley de ese gran desarrollo es la «unidad.» manifestándose como poder, inteligencia y amor. «Ex ipso, per ipsum et in ipso sunt omnia, ipsi gloria in Saecula.» (D. Paul.)

Mas es el cristianismo el centro majestuoso y divino de todo el desarrollo histórico. Es la Iglesia, el monte del Señor, colocado en las cumbres de las montañas; todas las generaciones subirán allá, de donde brotan la ley, la verdad y el amor. (Isaías.)

Es el pontificado el trono de ese poder, la cátedra de esa verdad, la hoguera de ese amor, el tipo y modelo augustos de esa ley divina de la unidad; ley promulgada solemnemente en un momento supremo de la vida mortal de Jesucristo, cuando en el Cenáculo, abrevado de gloria y saturado de amor, resonó esta palabra: «Padre, les he dado la gloria que me diste; te pido que todos estos sean una misma cosa como Tú y yo... que sean consumados en la unidad.» (S. Joann, XVII—22.)

Las ideas antes enunciadas son indiscutibles para los que tenemos la dicha de ser católicos; pero aun los que no lo son deben convencerse ante su certidumbre ineludible.

Efectivamente, el reflejo de Dios en la Historia, se impone con claridad meridiana. El gran drama que comprende la caída del género humano, sus lágrimas, sus suspiros y esperanzas, que constan en la historia antigua, y su regeneración redentora efectuada por Jesucristo, lo cual consta por la Biblia, por la Iglesia, por la Tradición y por la Historia, son hechos positivos innegables ante un criterio sano, despreocupado y leal.

Porque, en efecto, si el pecado de origen y sus consecuencias, la redención y sus efectos, no fuera verdad, entonces ¿cómo explicar las grandes vicisitudes de la Historia? ¿Por qué la humanidad no ha seguido constante la ley ascendente del progreso? ¿Por qué anomalía retrograda? ¿Qué otra causa existe que haya roto tantas veces el equilibrio de las atracciones y repulsiones de las fuerzas sociales y de la gravitación universal de los espíritus? ¿Por qué ese abismo de grandezas y miserias que llamamos, corazón humano, unas veces ruge indómito, fiero, como la implacable tempestad, y otras, como un mar sereno, refleja la sonrisa de los ángeles, fulgurando la beatitud del cielo? ¿Por qué á las grandes civilizaciones de Babilonia, de Nínive, de Egipto, de Grecia, de Roma, suceden las grandes barbaries de Asia, Africa y otras?

Basta, señores: no es mi ánimo dar ahora una conferencia sobre el origen positivo y evolución del cristianismo, de la sociedad y de la Historia, sino sólo sentar los fundamentos de la ley de la unidad

y del desenvolmiento de la Historia para iluminar y alabar la grandeza de León XIII.

Contemplémos, realizándose aunque rápidamente, esa hermosa ley, en la sociedad, en la ciencia, en la Iglesia, y miremos á León XIII como al infatigable obrero de la unidad en la historia contemporánea. De este pensamiento brotará la grandeza y la gloria de nuestro excelso Padre León.

No tengo tiempo ahora de haceros contemplar la ley de la unidad en los pueblos del lado allá de Belén, especialmente en el pueblo hebreo, sus pontífices, sus caudillos, sus héroes, sus grandes acontecimientos.

Esa nación predilecta reivindica la ley de la unidad hasta el grado de que, cuando en las desgracias de la patria, la hicieron cautiva, deja depositados en la tierra el fuego sagrado y el libro santo, y después de muchos años, al regresar, lo primero que hace es desenterrar el fuego y el libro, y reedificar el altar.

Quiero tan sólo contemplar con vosotros el majestuoso y divinamente estético desenvolvimiento de la unidad de la Iglesia Católica y en los principales acontecimientos con ella relacionados. El fuego sacro del Cenáculo, unifica siempre la grande obra de Dios.

¡Mirad! Un día el humilde pescador de Galilea es investido de poderes divinos y colocado sobre la cumbre de la autoridad del magisterio y de la santidad, pues desde que aquel pobre y desvalido pescador escuchó estas palabras: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y los enemigos no prevalecerán . . . y á ti daré las llaves del reino de los cielos,» se destaca su figura gigantesca en un cuadro de gloria.

Ved á Pedro fundando en Roma, elegida para ser la constante obrera de la unidad, al Pontificado proclamando una fe, un bautismo, una moral, una civilización! Magnífico espectáculo! La ficticia sociedad pagana se desploma y se levanta la Iglesia que reivindicada la unidad de la ciencia, de la autoridad, del magisterio. El famoso Circo se ve derruído y la sublime Basílica de San Pedro esplende, llenando de luz y de harmonías las sendas de la civilización; los palacios de Nerón se convierten en pavorosas ruinas y el Vaticano, palacio de los sucesores de Pedro, es la hermosa casa solariega de la civilización.

Ved en el seno de la Iglesia destacarse los grandes obreros de la unidad. Después de la gran unificación del apostolado y del martirio en los tres primeros siglos, ved á la Iglesia reivindicando la unidad político-social con el bautismo de Constantino y su instalación como Emperador de Occidente. En medio de ese cuadro de

gloria, descuellan los Pontífices San Melquiades y San Silvestre.

Cuando los bárbaros inundaron la Europa, cual torrente amenazador, ved cómo San León el Grande realiza la unidad social, sintetizando á los romanos y á los bárbaros, y haciéndolos cristianos á todos.

Ved más tarde á León III consagrando al gran Emperador Carlo Magno, realizando la unión de la Iglesia y del Estado, según la voluntad de Dios.

Mirad, más tarde se descata, reivindicando la unidad soberana de la autoridad de la Iglesia y sacudiendo el yugo que pesaba ominoso sobre los Obispos y los sacerdotes por la esclavitud de las investiduras. . . ese héroe gigante, no suficientemente elogiado aún, el sublime Hildebrando, San Gregorio VII.

El Sr. Eugenio IV, en el Concilio de Florencia, realizó magna labor de unificación. Y cuando la barbarie musulmana quiere invadir la Europa civilizada é implantar como único signo de grandeza la pobre media luna. . ved cómo descuella otro sublime Obrero de unidad y de síntesis, San Pío V, que detiene á los bárbaros y defiende la santa unidad de la Iglesia y de la civilización.

Permitidme que omita otras grandezas de los obreros soberanos de la unidad y que fije mi mirada en el pontificado anterior al de León XIII.

¡Pío IX. Soberano obrero en el plan divino, unifica las creencias en dos grandes verdades: unifica la condenación de los errores, unifica la disciplina eclesiástica.

Se agitaban las escuelas, discutiendo sobre el momento preciso de la Inmaculada Concepción de María Santísima, esa verdad luminosa y beatífica era doctrina, pero no era dogma definido. Era necesario unificar tan hermosa creencia, y Pío IX dice á la Humanidad: «Dios me habla y me dice que es revelada la doctrina que enseña que María fué inmaculada desde el primer instante de su ser. . . . .»

La autonomía exagerada, el egoísmo soberbio, quieren emanciparse de la autoridad divina del Pontífice y proclaman la soberanía y la omnisciencia de la razón humana.

Por un extremo, el panteísmo idealista, y por otro el materialismo, quieren tomar la dirección de las sociedades. . . . Entonces el gran Pío, en el Concilio Vaticano unifica, sintetiza y proclama el dogma de la Infalibilidad Pontificia.

¡Salve, obrero sublime de la unidad! ¡Bendito seas!

III

Pero lleguemos ya á León XIII, y contemplemos su colosal misión de unidad y de síntesis.

Pero ¡ay!, no olvidemos que ese genio soberano, que ese padre amantísimo, exhaló ya el último suspiro de desterrado, acontecimiento tristísimo que llenó de dolor los caminos de la Iglesia y de la civilización. «Viae Sion lugent.» ¡Padre León, duerme en paz el dulce sueño de los amigos de Dios! ¡Tus restos mortales son acariciados por el cielo!

El Verbo soberano del inmortal Pontífice, se escucha desde el principio como la voz amorosa del padre, que llama á todos al orden, á la paz y á la dicha, invitándoles á entrar al palacio grandioso de la verdad. Trabaja incesantemente por la unión de las iglesias de Oriente, produciendo hermosa Encíclica, y si no se llega aún al pleno resultado, sí se ha conquistado la gratitud, el respeto y hasta el cariño de aquellos pueblos.

Cuando unifica á las grandezas divinas del culto, proclamando solemnemente el amor y la adoración al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de vida, centro de unión, foco de luz, en quien tienen eco los gemidos de todos los dolores y las sonrisas de todas las alegrías legítimas; no sólo llama á todos los hombres (aún á los que no creen, pues son nuestros hermanos), á rendir homenaje á la Soberanía Universal de Jesucristo, sino que une á la humanidad con el mundo angélico y se forma ese concierto de alabanza que constituye el himno etnárgico del poder, de la inteligencia y del amor, que luchan, que triunfan y que son glorificados. Llama después á todos los pueblos á prosternarse ante el Divino Redentor, y concédele la Providencia unificar los siglos XIX y XX. Realiza una magna labor de unidad, de disciplina en el Seno de la Iglesia, y para colaborar en ella, convoca á Roma á los Prelados de la América Latina, formando el Concilio Plenario.

En esta magna labor de unión se interesa vivamente por la grandeza y perfección del clero Secular y Regular y de todos los fieles y engrandece y ama á las Ordenes Religiosas. Mirad en detalle este último pensamiento.

Son, señores, las Ordenes y Congregaciones Religiosas, beneméritas de la civilización, pues ellas, en varias épocas, han salvado las ciencias, las artes y las costumbres, y han ejercido en las naciones que se convierten, el primer apostolado. . .

El Sr. León XIII protege á las Ordenes Religiosas. A la Orden

el Divino Agonizante del Calvario y el pensamiento bíblico de que la muerte es un sueño, rectifican aquellos pensamientos y anhelos de hijos. . . . !

El Padre amantísimo murió. ¡La personalidad augusta desapareció de la escena de la historia! Desde la techumbre sagrada que cobija el sepulcro glorioso de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, hasta la choza pajiza, resuenan con el gemido de los grandes dolores y supremos infortunios!

¡La Humanidad entera siente sólo respeto, simpatía y amor filial hacia el gran Pontífice!

¡Ah, señores: la corriente impetuosa de la Historia arrebata las grandezas, los tronos, las glorias, hasta la existencia de los grandes hombres. . . . ! La ingratitud ó la justicia hacen que el soplo de los siglos marchite los laureles, despedace las coronas de encina, derribe los monumentos, destruya y haga rodar los trofeos de la gloria humana!

Praeterit figura hujus mundi. (I ad Cor. Cap. VII. v. 39.)

¡Pasa rápida, fugitiva, la figura de este mundo! Y la tumba con todos sus pavorosos secretos, con su tremenda destrucción, con su nada. . . . es la triste soledad en que se refugian las grandezas humanas!

¡Miseria del hombre, te comtemplo reflejada en la vanidad mundanal! ¡Grandeza de Dios, esplendes en la gloria inmortal de los héroes de la Religión!

Por esto, ante el sepulcro recién abierto del Excelso León XIII fulgura la luz hermosa é inextinguible del cielo, y se contempla reflejada la grandeza de Dios!

Murió el gran León, y la Iglesia y la sociedad, acompañadas de los ángeles, acarician su frente sagrada.

¡Ah, señores! nuestro quebranto y nuestro duelo son profundos, avasalladores, y hacen temblar nuestros corazones de hijos!

¡Pobres de nosotros! . . . ¡Vae nobis! Viae Sion lugent! Los caminos de la Iglesia lloran. . . ! Los senderos de la civilización están de duelo. . . ! Los de la sociedad se enlutan. . ! Los del hogar se cubren de tristeza. . . ! Los caminos del corazón testifican, ¡ay! la soberanía del dolor y del sacrificio. . . ! Viae Sion lugent.

Yo no sé, señores, si el túmulo de León XIII es un sepulcro ó un trono de gloria soberana! Lo que sé, es que el más grande cariño, las lágrimas, el respeto más profundo y alabanza justísima, adornan con hermosa guirnalda ese magnífico monumento!

Ante la certidumbre del doloroso acontecimiento que ha conmovido á toda la humanidad, es preciso contemplar la grandeza del Sr.

León XIII y de su obra. Es necesario estudiar su misión gigantesca y elogiar con el himno de purísima gloria su magna labor civilizadora.

Para esto, señores, tengo la satisfacción de encontrarme entre vosotros. Llamado por cortés invitación de los dignísimos sacerdotes, mis amigos, que forman este benemérito Oratorio del Santo sublime del amor divino Felipe Neri; heme aquí, rindiendo culto á la grandeza de León XIII, á la noble amistad que me llama, á la ilustración del venerable Clero, de las distinguidas damas y apreciables caballeros, á la extremada cultura de esta grandiosa Metrópoli de nuestra Patria.

Este magnífico templo, uno de los centros más importantes del culto y de la vida religiosa, se ha revestido de luto. Las notas de la música religiosa y del canto sagrado resuenan tristes cual lamentos de profundísimo dolor. . . !

Profeta del llanto, levántate! . . . endecha. . . como lo hacías ante las desdichas de tu patria, y ven, enséñanos á recorrer con el corazón despedazado los enlutados caminos de Sion. . . !

La Providencia elige á los grandes obreros de la unidad, según el plan de Dios, y les concede aquellas sumas de grandezas y de glorias que los pone en harmonía con su misión.

León XIII es en su época el más grande é infatigable Obrero de la «unidad» en la Iglesia, en la sociedad, en la ciencia, en la civilización: por esto su muerte enluta á la humanidad entera, y el excelso Pontífice merece la más profunda gratitud, la alabanza y la inmortalidad.

II

Magnífico se desenvuelve el plan divino, en el espacio, en el tiempo y en sus relaciones con la libertad; esto, constituye la historia de la humanidad, que tiene como principios fundamentales, la existencia de la Providencia, la de las causas finales, y la de la libertad del hombre. Esta libertad, cuando se pone en harmonía con la santa voluntad de Dios, se agranda tanto, que refleja las magnificencias del cielo é inunda con los torrentes de luz de la estética las sendas grandiosas de la civilización; pero cuando se extravía, produce la terrible onda tempestuosa, que derriba, destruye y llena de infortunio y de lágrimas. Se reflejan principalmente en la historia, el poder del Padre, la sabiduría del Verbo, el amor del Divino Espíritu. Esto es por atribución. Mas, como la obra creadora de la Augusta Trinidad, es indivisible, se desprende que la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez